

cas, resaltando los posibles influjos españoles en el templo del Gesú, no sólo a través de los jesuitas (lo que pone en duda el padre Batllori de la Compañía de Jesús), sino también por la adopción de la nave única, popular en nuestro Levante. La segunda, en una comunicación al congreso internacional de Estudios Humanísticos, organizado por la Universidad de Roma, titulada «El Barroco y la conquista de América», en que resalto el carácter barroco de esta gran empresa, intentando por lo demás, deslindar lo que hay de italiano y de español en el barroco, considerado más como movimiento espiritual que como estilo estético.

Bien, lo hasta aquí dicho comprueba cuán difícil resulta hablar de los demás sin hablar de sí mismo. Sin embargo era oportuno, casi obligado, para entrar (para nada se trata de enjuiciar) en la persona y la obra de Maravall, por cuanto creo sinceramente que las experiencias mías coincidían, en buena parte, con las de Corral y Maravall, al menos en estos años parisinos de *Dichtung*. Como catecúmenos que éramos en el marco europeo, estábamos los tres tensos y, como suele decirse, sin presa: no acabábamos de saber dónde hincar el diente. Aunque puramente anecdótico, no deja de resultar ilustrativo el hecho de que por entonces nos aplicábamos a enderezar nuestra conducta... automovilista, para sacar el carnet. Nuestros apuros no eran de menor cuantía: así Corral, al hacer un brusco giro en la Avenida de los Campos Elíseos, consiguió meter de cabeza a un atónito caballo de fiacre por la ventanilla, frente a nuestras, no menos atónitas, dos mujeres; Maravall pasó un mal rato, no tan corto, intentando salir del Maelstrom giratorio de la Plaza de la Estrella, refugiándose en cualquiera de las avenidas adyacentes; finalmente yo conseguía sacar mi voluminoso coche americano por la rampa empinada y con un ángulo recto, del garaje, a empellones, eso sí, pues desconocía la armonía preestablecida entre acelerador, embrague y freno. Nuestra conducta profesional resultaba no menos esforzada pero hartó más airosa. Ni que decir tiene, sin embargo, que las autoridades francesas se encargaban de frenarnos cuando nos embalábamos en nuestro celo bilateral, no compartido por nuestros interlocutores. De aquí que cuando nos reuníamos, después del trabajo, comentásemos nuestros sinsabores y también sabores (pues no dejábamos de paladear la salsa de la cultura francesa, así como la de su cocina). Recuerdo como un trance de singular deleite escuchar a don Américo Castro disertar en la Sorbona (prácticamente cerrada para los españoles reputados franquistas), sobre los valores de nuestra literatura y su influencia sobre la francesa y no precisamente, diría yo, a título de mera «matière de Bretagne».

En cuanto a la segunda cuestión, la de la relación del autor con su obra, poco puedo decir de la gestación de ésta, por haber vivido fuera de Madrid durante los años en cuestión.

Voy, pues, a referirme solamente y con brevedad a algunos rasgos de la última, *La cultura del Barroco*, considerada como el epítome de toda su investigación, cuyos orígenes se remontan, creo, como he dicho, a nuestra experiencia parisina.

Pese a todos sus méritos, esta obra no consigue desvanecer las dudas que asaltan a quien, especialmente si es español, se encara con este enigma histórico del paso de la tradición (aunque ésta había ya sufrido otros cortes) a la modernidad en Europa y más concretamente en nuestro país.

Maravall, a fuer de buen investigador ha rastreado todos los caminos, incluso los senderos que, sumergidos en maleza, no llevan, como los famosos *Unterwegs* heidegerianos, a ninguna parte. Ofrecen, sin embargo, en el peor de los casos, más que el aliciente del resultado, el del esfuerzo que ello requiere. Como se dice en deporte, lo importante es participar y la obra de Maravall compite holgadamente con otras tan importantes como las de Wölfflin, Weisbach, Hatzfeld, Tapié. Con todos ellos ha dialogado, y por mi parte sólo echo en falta la importante contribución que hizo al tema el profesor vienés Max Dvorak, especialmente sobre el tema *El Greco y el Manierismo*. En estas obras alude a lo que más me importa recoger, la singularidad de España, el país de los alumbrados, autos sacramentales, San Ignacio y Santa Teresa (no menciona a San Juan de la Cruz) donde persiste, pese al Renacimiento, el gótico, y donde la mística medieval, ligada a una intimidad subjetiva, proyecta, dice, claras llamas.

Maravall sigue otras influencias, por lo demás abundantes, ciertamente, cuando desestima la mística española inferior y secuela de la del Norte. Respecto a esta última afirmación no dejo de preguntarme qué místicos extranjeros se conservan más vigentes en la cultura occidental que Santa Teresa y San Juan.

Mucho más optimista (si es que cabe calificar de pesimista la anterior postura) se muestra Maravall al adjudicar a nuestro barroco las siguientes características:

1. Fenómeno de masas, siendo así que si éstas apenas representaban un papel en esta época de Europa, en España coincide con un neto descenso de la población: bajo Carlos V ascendía a ocho millones de habitantes, mientras que en 1700 había descendido a 5.700.000. Piénsese que Madrid cuenta ya en 1857, sólo 281.000 habitantes, y Barcelona, 170.000.
2. Fenómeno urbano, pese a que en nuestro país no se produce ninguna concentración ciudadana importante comparable a la europea, como lo indica el dato anterior respecto a nuestras dos más importantes capitales.
3. Fenómeno de la cultura llamada *kitsch*, denominación en lengua alemana cuyo origen es desconocido por los propios alemanes. Puede decirse que se trata de una cultura vulgar, caracterizada por el establecimiento del tipo, la repetición estándar de géneros, el conservadurismo social, el consumo manipulado.

Inútil decir que a mí se me antoja por lo menos exagerado el calificar de *kitsch* a la cultura del barroco. La escultura del Bernini representando a Santa Teresa en éxtasis ante el amenazador querubín, que Maravall considera *kitsch*, a mí me parece, todo lo más, ligeramente amanerada. De aquí a convertir la obra de arte en mercancía y susceptible de multiplicarse en múltiple, va, más que un paso, un salto adelante.

Finalmente, el concepto del *kitsch* me parece una genial anticipación de C. Greensberg (data ya de 1953), confirmada por la actual eclosión (no hay porque llamarla adulteración, y ni siquiera comercialización) del arte en nuestros días. Piénsese en la profusión de: cromos, cubiertas, propaganda comercial, video-tips, y, sobre todo, la repetición en serie de la obra por su creador, con fines crematísticos, aun a riesgo de desvalorarla. Esta institución del múltiple, ya prevista por M. Duchamp, y tan brillantemente (y conste que no me refiero sólo al brillo del oro) practicada por Warhol y Dalí. La visión de Greensberg tenía, indudablemente, un cierto tinte pesimista: no en vano Greensberg cerraba su

famoso artículo invocando a Spengler, Toynbee y al poeta Eliot. Si aludo a ello es pensando que el barroco no surgió en una época de desesperanza: promovió confusión, sí, pero no melancolía, pues la de su máximo exponente, Miguel Ángel, no fue tal, sino un arrepentimiento cristiano. Por el contrario estas nuestras postrimerías del siglo XX no podían dejar de tener un cierto amargor milenarista.

Resulta, en verdad, prácticamente imposible abordar seria, científicamente, obra tan extensa e intensa como *La cultura del Barroco*, sin tropezar con ocasionales, no estructurales, insuficiencias y demasías. Así, quien lo hace con tanta competencia como el historiador J. H. Elliott, no deja de incurrir incluso en esos pérfidos «dulces reproches», de pasada, mientras que lo importante es el cumplido elogio que le rinde por haber otorgado sentido de conjunto a tan dispersos fragmentos.

Ahora bien: quienes hemos conocido al autor, sabemos que tanto en su vida privada (donde fue esposo y padre ejemplar) como en la pública, aspiró a la autenticidad. Tomaría, pues, como el mejor de los elogios, el haber conseguido poner orden (por muy vago que sea) y sentido de conjunto a lo fragmentario y disperso. Nada más escribir esto se me ha venido a la mente una cita del descreído dramaturgo E. Ionesco: «Yo creo que hay una estrella polar, que puede ayudar a orientarnos. Pero pende en lo alto, sobre las aguas»... Pues bien, José Antonio, que ha alcanzado ya las estrellas, sabrá ahora a qué atenerse, si es que los afanes del aquende perduran en el allende.

En fin de cuentas de alguna manera la Eternidad asume a la Historia, y sabrá recompensar al historiador.

Emilio Garrigues